

á sentarse en un rincón, y se puso á remendar unas medias, no sin mirar de vez en cuando al irresistible Pássepoil.

XII

El lazo.

Era tradicional en la *Cueva Hedionda* que la figonera podía competir bebiendo con cualquiera que fuese, y más de una vez había rendido á bebedores afamados.

Por el momento no se trataba de eso. Cocardasse no la había provocado á una de esas competencias báquicas, como la que conocemos entre el jorobado y Chaverny; y si había vaciado bastantes botellas, no por eso estaba en buen estado de serenidad. Verdad que los dos jóvenes no deseaban sino ver embriagada á la figonera; pero no eran de talla para competir con ella, y no pensaron en comprometer al gascón en aquella empresa, pues su plan era ponerle á medios pelos para poder arrastrarle fuera del figón en tiempo oportuno.

En tal sentido estaban satisfechos: la nariz del diestro coloreábase lindamente, y en cuanto al normando, estaba medio trastornado de

amor. Pero las dos mujeres les estorbaban. Y su perplejidad hubiera aumentado doblemente á poder leer en el pensamiento de Maturina. Á todo esto, la *Bizca* parpadeaba, haciendo sobre-humanos esfuerzos por vencer el sueño que la invadía.

—¡Es singular!—dijo frotándose los ojos.—
¡Tengo la cabeza pesada! ¡Se me cierran los ojos!

En efecto; era extraño que una mujer como ella se sintiera vencer por el sueño. Se levantó, estiró los miembros, y atribuyendo su somnolencia al vino que bebiera, se echó al colete uno tras otro dos vasos de agua. Pero el remedio fué ineficaz, y no tardó mucho en quedarse dormida, descansando la cabeza en los brazos, y éstos en la mesa.

Si hubieran preguntado á Luján la causa de la mirada de triunfo que cambió con su acólito, hubiera podido decirla. Momentos antes, mientras Maturina bajaba á la bodega, Cocardasse metía las narices en su vaso y Pássepoil y la figonera se arrullaban. Ibo había echado en el vaso de esta última una pildora rosada, como un guisante, que se disolvió en seguida, y que Gualter Gendry le había dado.

En aquella época había muchos boticarios clandestinos que vendían pildoras de esa clase á todos los que necesitaban dormir á otros con

propósitos inconfesables. Damas y galanes, malandrines y pícaros se proveían de ellas á precios distintos, según la calidad y fortuna del cliente.

—Continuemos el juego —dijo Pinto.— No tardará en despertarse la patrona. Y entre tanto, unos cuantos cuartos que no nos ganará.

—Acaso tenga sed la preciosa Maturina— insinuó Luján.—Sería cortés que la invitáramos á beber en nuestra compañía.

—¡Cochina suerte! ¡Amable, esta idea debiera habérsete ocurrido á ti! ¡El bello sexo ante todo!

—Cierto—susurró el normando, dirigiendo á la moza una lánguida mirada.—Estamos aquí para divertirnos. ¡Divirtámonos! ¡Acércate, hermosa, que yo prefiero mil veces al rubí del vino el de tus mejillas!

Puesto que la *Bizca* dormía á pierna suelta, el volcánico Amable, que al mirar detenidamente á la moza le pareció en extremo bella, se aventuró á declararle su pasión. La sirvienta por su parte ya no tenía por qué ocultarse para mirar á su simpático paisano. Una misteriosa atracción tendía á enlazar amorosamente á los dos normandos; pero ella supo contenerse, pues sus presentimientos y sus averiguaciones la preocupaban demasiado.

Lo extraño del invencible sueño de su

ama le daba mucho que pensar, y sus vagos recelos se acentuaron muy mucho al ver la insistencia de los jóvenes en invitarla á beber. Rehusó resueltamente.

—No tengo sed; muchas gracias, señores.

—¡Eh! ¡La sed viene bebiendo, como el apetito comiendo! ¡Prueba; y verás!

—No bebo nunca vino.

Cocardasse la contempló como un bicho raro.

—¡Voto á bríos! ¿Qué no bebes vino? ¿Pues qué bebes?

—Sidra casi siempre, y agua.

—¡Mal pecado!—gritó el gascón, compadecido de aquella pobre mujer que sólo bebía los dos líquidos que más aborrecía él.—¡Ve, pues, á buscar de ese zumo insípido, pobrecilla!

—No hay sidra en casa, monseñor, y además, no tengo sed.

—¡Eso me asombra! Eres, la primera mujer de esa clase que he visto! Si yo pensara alguna vez en casarme, me acordaría de ti. ¡Cuernos de Lucifer! ¡En la mesa tendría yo parte doble!

—¡Juega y calla!—gruño Passepoil, temiendo que su compañero se formalizase hablando de casamiento.

La *Bizca* roncaba, y había probabilidades

30112

de que no despertase en mucho tiempo. Podían ser las dos de la mañana, y por fuera la noche era oscurísima. Los dos jóvenes parecían inquietos, y escuchaban el ruido más insignificante que procedía del exterior. La resistencia de Maturina los desconcertaba: se devanaban los sesos buscando un medio para alejar á aquel testigo molesto. Á haber podido dormirla como á su ama, tendrían el campo libre. Así, todo estaba perdido.

El juego prosiguió, pues, sin entusiasmo. Passepoil cambiaba tiernas miradas con Maturina, los espadachines se miraban inquietos y recelosos, y Cocardasse sólo tenía ojos para la botella. Malas disposiciones para que unos y otros atendieran á sus cartas. Decididamente, la alegría dormitaba sin que hubiera habido necesidad de recurrir á las píldoras.

De repente un grito vibrante que resonó fuera y muy próximo hizo dar un salto á los dos diestros, que se pusieron en pie cual si hubieran estado sentados en sendos barriles de pólvora.

—¡Á mí, Lagardère!—fué el grito lanzado con sonora voz.

—¡Caramba! ¿Has oído, pequeño?

—¡Tripas de ciervo! ¡Corramos!

Ambos tenían las espadas en la mano, y se precipitaron hacia la puerta. Luján y Pinto,

sonriendo malvadamente, derribaron sus taburetes para seguirlos.

—¡Deprisa, caballeros; alguien pide socorro! ¡Tal vez están asesinándole!

Pero Maturina de un brinco se había puesto ante la puerta, y estorbaba el paso. Cogió por un brazo á Passepoil, y le detuvo mientras le decía:

—¡No vayáis! ¡En nombre del Cielo! ¡No salgáis de aquí!

Mas por segunda vez resonó el grito vibrante y sonoro, como un llamamiento desesperado, procedente del fondo de la Granja Batelera.

—¡Á mí, Lagardère!

—¡Seguro que es el pichón!—exclamó Cocardasse echando á un lado á la moza de un violento empujón.

—¡No salgáis! ¡Es un lazo!

Luján y Pinto se apresuraban á descorrer barras y cerrojos con meritorio ardor, mientras los dos diestros parlamentaban á viva fuerza con la normanda. Una vez abierta la puerta se precipitaron fuera internándose en las tinieblas.

—¡Quedaos, quedaos!—gritaba desesperada y retorciéndose las manos frenética.—¡Van á mataros! ¡Es un lazo! ¡Esos dos son unos asesinos!

Era demasiado tarde para que la oyesen los dos amigos: sólo Ibo, que iba el último, la oyó y se volvió furioso, lanzando una mirada feroz á la moza; pero ésta, lejos de intimidarse, se acercó á su ama, sacó una pistola de la cintura de la *Bizca*, apuntó, é hizo fuego. El sombrero de Luján voló atravesado de parte á parte. El espadachín gruñó:

—¡Oh, oh; ya arreglaremos tu cuenta, bribona! ¡Después de los otros, tú!

Después del pistoletazo se oyó por tercera vez el grito, pero al lado opuesto, al lado del albañal de Montmartre. Los cuatro hombres volvieron grupas y reanudaron su carrera. Cocardasse se había lanzado como una bala; su *alter ego* le pisaba los talanes; ambos al volverse pasaron como un rayo por entre los aprendices de asesino.

—¡Cuernos de Belcebú!—rugió el gascón.
—¡Mantente firme, pichón!

—¡Más deprisa, más deprisa! ¡Está solo, y pueden herirle por la espalda!

Los dos bravos no se habían preguntado cómo podía estar allí Lagardère. Oyeron su nombre, su llamamiento, y ni se pararon á reflexionar si era su propia voz. ¿Y por qué no había de ser? ¿No los tenía acostumbrados á aparecer cuándo y dónde menos le esperaban? Corriendo como condenados se comunicaban sus impresiones,

—¡Mal pecado! ¡El pichón está de regreso!

—¡Vamos á divertirnos un poco!

—¡Sí que nos reiremos, pequeño!

—Lo que me asombra es que no hayamos encontrado todavía ningún cadáver.

—¡Eh! No se ve á dos dedos de la nariz; y además, con estas zancadas que damos, saltamos por encima de ellos.

En verdad que volaban, y los dos jóvenes los seguían con gran trabajo.

Á veces uno de los hombres caía por haber metido el pie en un bache profundo; pero se levantaba en seguida echando pestes, y proseguía su carrera. Los dos espadachines llevaban el acero desnudo, dispuestos á herir por la espalda en el momento oportuno. Oyóse otro grito de auxilio, con voz más débil y á unos veinte pasos. Los diestros se estremecieron.

—¡Aquí estamos, pichón!—rugió el gascón,
—¡Aquí estamos tu viejo Cocardasse y el pequeño Amable!

Llegaban al albañal. Temblaban al pensar que pudieran precipitar en él á Lagardère antes de llegar ellos en su socorro. Un mal puente de tablas sin parapeto servía para atravesar el nauseabundo arroyo. Sólo les faltaba á los diestros un paso para llegar al puente. Sus ojos registraban las tinieblas: con el cuello tendido

hacia adelante trataban de distinguir algún bul-
to; pero no veían nada ni oían cosa alguna, á
no ser el vago rumor del agua en el canal in-
fecto.

Á la entrada del puente aflojaron el paso
un segundo; aquello bastó: dos hombres se
precipitaron sobre ellos como un alud. La
hoja de una espada se deslizó bajo el brazo de
Cocardasse, y otra agujereaba el colete de Pas-
sepoil, sin producirle más que un arañazo. Al
mismo tiempo recibían en el pecho dos topeta-
zos que les hicieron perder pie y caer en el al-
bañal. Una lluvia de piedras cayó en el sitio
donde se habían hundido, y luego estallaron en
el puente cuatro carcajadas.

—¡Voto al chápiro! ¡No escapan esta vez!
— decía Gualter Gendry. — ¡Sus esqueletos
se pudrirán con las inmundicias del alba-
ñal!

—¡En buena compañía!—añadió burlona-
mente Luján!

—¿Estás seguro de haber herido al tuyo,
Ballena?

—Mi espada entró en su cuerpo, y he toca-
do sangre en la punta.

—Yo no sé por dónde entró la mía: sé que
se metió como en una vaina, sin tocar hueso.
Fué una de esas estocadas mortales que van
derechas al corazón.

—¡No nos habéis dejado nada que hacer!—
objetó Pinto.

—Es que todavía no tenéis la mano bas-
tante pronta y segura, muchachos. Pero ¿qué
os parece ese caldo negro en que los hemos se-
pultado? ¿Os figurasteis que vendrían tan de-
presa ellos mismos á buscar la muerte?

—Confieso que nosotros no hubiéramos
podido decidirlos á salir del figón. Habéis te-
nido un talento diabólico. Combinar un lazo
así, es soberbio.

El ex-sargento de guardias aceptó el cum-
plido con dignidad, y repuso muy ufano:

—¡Oh; no somos pipiolos! ¡Ya sabía yo que
los borricos se dejarían coger! Lagardère acaso
esté á estas horas á cien leguas de aquí.

—Lo cual es una lástima, porque hubiéramos
podido echarle ahí también—dijo el *Ballena*.

—¡Ya le llegará la vez!—exclamaron viva-
mente los jóvenes.

—¡Eso es otro cuento! Todavía no le te-
néis, y más fácil es que caigáis vosotros en sus
trampas que él en las vuestras. Como quiera
que sea, debe de sentirse herido, pues acaba-
mos de amputarle por lo menos dos dedos de
la mano derecha.

Y después de un minuto de reflexión Gual-
ter añadió:

—Lo mejor de todo es que nadie puede sospechar de nosotros. ¿Dormía la *Bizca*?

—Como un tronco—repuso Pinto.

—Entonces, no tenemos nada que temer.

—¡Poco á poco!—objetó Luján.—La figonera no estaba sola.

—¿Cómo?

—Escuchad, maese Gendry. Nuestra tarea no ha terminado. Necesito decir unas palabras á una moza que ha querido agujerearme el cráneo.

—Explicate, ¡mil rayos!

—¿No habéis oído un pistoletazo?

—Creo que sí; pero no es raro en estos parajes.

—La bala era para mí, y me dejó sin sombrero, chamuscándome el pelo. No fué la *Bizca* la que disparó.

Y en pocas palabras contó á su jefe lo ocurrido. Gendry le escuchó con atención y exclamó:

—¿Habrá sorprendido nuestras conversaciones?

—No me lo explico de otro modo, y estoy seguro de que nos acusará si no ponemos orden.

Gendry marchaba á grandes pasos de una parte á otra, y al fin se detuvo en seco y gruñó sordamente.

—¡Nada de sensiblerías nocivas! Hay un

medio eficaz de que guarde silencio. Todavía tenemos tiempo. Antes de que se despierte la *Bizca* vamos á hablar un poco con esa Maturina.

—¡Lástima!—murmuró Pinto.—¡Es muy hermosa!

—¡Ah, pollitos! Bueno; ya veremos, pero al fin no habrá más remedio que atarla de pies y manos y enviarla á hacer compañía á sus amigos.

Los cuatro se inclinaron otra vez hacia el albañal. Estaba mudo como una tumba.

—Cocardasse ha bebido esta noche por última vez—murmuró con sorna Gendry.—¡Que este líquido sea dulce y grato á su gazonate!

Todos soltaron una carcajada, y tomaron el camino del figón para castigar á Maturina.

XIII

El secreto del albañal.

Los cuatro bribones pudieron penetrar á su guisa en el figón, pues la puerta hallábase aún abierta. Sin embargo, por exceso de precaución, como podían haberse despertado las mozas al